

grandes progresos ulteriores de la cultura indígena; y luego al ilustre fundador del *Colegio de Santiago*, don Andrés Bello, traído de Londres, también por contrata, en 1829, y oficial en el ministerio de Relaciones Exteriores. Nacieron de aquí agrias é interminables polémicas en que Mora triunfó sin gran dificultad de la que él llamaba *colonia de sabios ó barcada* de profesores franceses, los cuales no llegaron á entenderse con Mr. Chapuis ni á cobrar sus sueldos ni á plantear el proyectado colegio, si bien la mayor parte de ellos pasaron al *de Santiago*, primero bajo la dirección del clérigo Meneses, y luego bajo la de Bello. Pero su furor se estrelló contra la ciencia de éste, más sólida y positiva que la suya; y aunque la polémica entablada entre ambos tuvo mucho de pueril y versó únicamente sobre *tiquis-miquis* gramaticales, degenerando en torneo pedantesco (1), Mora no llevó la mejor parte; quedó maltracho en la opinión, acabó de hacerse enemigos con la intemperancia de sus contestaciones, perdió los auxilios oficiales que se daban al Liceo, tuvo que cerrarle, y exasperado con su derrota, se lanzó ciegamente en la oposición más radical y facciosa contra el presidente Ovalle y el verdadero jefe de los conservadores, don Diego Portales. Pero este ilustre hombre de estado, el gobernante más enérgico que ha tenido Chile, no era de los que sufren con paciencia los atentados contra el principio de autoridad; así es que después de haber per-

(1) Rompió el fuego Mora en una *oración inaugural* de la clase de oratoria del Liceo de Chile. La censuró Bello en una serie de artículos insertos en *El Popular*. Replicó Mora en tres papeles sueltos, firmados por los *alumnos de oratoria del Liceo*.

seguido judicialmente á Mora y sus periódicos, acabó por prenderle y expulsarle del país. Mora, que tenía especial habilidad para componer letrillas, casi tan buenas como las de Bretón, tomó de sus adversarios el mejor desquite que en su situación cabía, lanzando contra Ovalle y Portales aquella tan chistosa de *El uno y el otro*, que todavía muchos chilenos repiten de coro:

Quitándonos el sombrero
Gritaremos á la par:
¡Felices noches, don Diego!
¡Abur, don José Tomás!

En Lima, donde Mora encontró refugio y protección, y estableció un nuevo colegio y dió á luz nuevos libros, continuó desatándose en denuestos, no ya contra el partido conservador, sino contra todos los chilenos en general, á quienes llamaba «*bipedos de la Beocia americana*», calificándolos, además, de «*potros y potrancas á quienes había tenido que domar*». Él mismo se arrepintió más adelante de estas injurias dictadas por la exasperación del momento; se reconcilió con su antiguo adversario don Andrés Bello, mantuvo con él amistad no rota sino por la muerte, y divulgó más que nadie en España las nuevas de la prosperidad y del desarrollo de Chile. El pueblo chileno olvidó también sus agravios con la generosidad propia de los fuertes, y hoy coloca el nombre de Mora entre los de sus institutores más preclaros (1), pues aunque su enseñanza duró poco, removié mucho los espíri-

(1) *Don José Joaquín de Mora, Apuntes biográficos por Miguel Luis Amunátegui.* (Santiago de Chile 1888.)

tus, dejando profunda huella en alguno tan reflexivo como el de Lastarria, que se preci6 siempre de haber sido discipulo predilecto del que en Chile llamaban *el Gallego*, aunque fuese andaluz, como queda dicho.

La influencia de Bello fu6, sin embargo, mucho m6s profunda y saludable que la de Mora. No pertenece 6 este lugar la apreciaci6n de los m6ritos de aquel var6n extraordinario 6 quien ya procuramos dar 6 conocer en el estudio relativo 6 Venezuela; Bello, como poeta no pertenece 6 Chile; sus dos composiciones magistrales y caracteristicas, la *Alocuci6n 6 la poesfa*, la *Silva 6 la agricultura en la zona t6rrida* estaban escritas y publicadas en Londres desde 1823 y 1825, respectivamente. En Chile hizo pocos versos, y m6s bien traducidos que originales. En cambio, 6 la educaci6n de Chile dedic6 los frutos de la madurez de su entendimiento y de su cultura cientifica. Chile le debi6 el *C6digo Civil*, los *Principios del Derecho de gentes*, la *Gram6tica castellana*, y con ella el inapreciable bien de la conservaci6n de la integridad del idioma; los *Principios de Ortologfa y M6trica*, todavfa no superados hasta hoy; la *Filosoffa del entendimiento*, y con ella la propagaci6n de las sabias y templadas ensefanzas de la psicologfa escocesa; la organizaci6n de la Universidad sobre el modelo de las de Inglaterra; y, domin6ndolo todo, un alto y severo espfritu de disciplina moral y jurfdica, que ha sido el m6s duradero fruto de su ensefanza.

Bello no habfa ido 6 Chile 6 formar poetas, ni se le llamaba para eso. Lo primero que hizo fu6 abrir c6tedra de Gram6tica castellana, que era lo m6s urgente,

para que con el tiempo pudiesen florecer poetas y prosistas. «Habfa pocos pa6ses en la Am6rica Espa6ola—dice Amun6tegui (1)—donde se hablara y escribiera peor que en el nuestro; aun las personas m6s condecoradas, las que ocupaban los primeros puestos de la Rep6blica, cometfan 6 cada paso las faltas de lenguaje m6s groseras y ridfculas. Podfa decirse sin exageraci6n que aquella era una jerigonza de negros» (2).

Bello transform6 todo esto en menos de diez afios, ya con su ensefanza en el *Colegio de Santiago* y en su propia casa, ya con aquel otro g6nero de magisterio que ejercfa desde las columnas oficiales de *El Araucano*. «La gram6tica nacional—decfa—es el primer asunto que se presenta 6 la inteligencia del ni6o, el primer ensayo de sus facultades mentales, su primer curso pr6ctico de raciocinio; es necesario, pues, que todo d6 en ella una acertada direcci6n 6 sus h6bitos; que nada sea vago ni obscuro; que no se le acostumbre 6 dar un valor misterioso 6 palabras que no comprende; que una filosoffa, tanto m6s diffcil y delicada cuanto menos ha de mostrarse, exponga y clarifique de tal manera los hechos, esto es, las reglas del habla, que, generaliz6ndose, queden reducidas 6 la expresi6n m6s sencilla posible..... Hay muchos que creen que el estudio de la lengua nativa es propio de la primera edad, y debe limitarse 6 las escuelas de primeras letras. Los que asf piensan no tienen una idea cabal de los objetos que abraza el conocimiento

(1) P6gina 156 de la biograffa de Mora.

(2) *Vida de D. Andr6s Bello*, por Miguel Luis Amun6tegui (Santiago de Chile, 1882), p6g. 404.

de una lengua, y del fin que deben proponerse estudiándola. El estudio de la lengua se extiende á toda la vida del hombre, y se puede decir que no acaba nunca.»

«La influencia del magisterio de Bello (dice Lastarria) fué inmensa en aquella época, fué casi una dominación» (1). Pero como todas las dominaciones, no dejó de ser combatida. El espíritu de anarquía, no ya sólo literaria sino lingüística, levantó la cabeza contra la dictadura de Bello, en las producciones de varios escritores argentinos (Gutiérrez, Alberdi, López, Sarmiento), á quienes la tiranía política de su país había forzado á buscar asilo en Chile en 1840. Eran algunos de ellos ingenios brillantes, de ardiente fantasía, que contrastaba con la imaginación un tanto apocada y tímida de los chilenos; pero su educación había sido enteramente francesa, su espíritu político era el de la revolución del 89, su literatura la del romanticismo francés; su odio á todo lo español rayaba en manía; hacían alarde y gala de ignorar nuestra literatura y de hablar pésimamente nuestra lengua, y ni sentían, ni pensaban, ni leían más que en francés. Aun el mismo Gutiérrez, que había recibido educación clásica y era bastante correcto en la dicción, y comenzaba ya á ocuparse en investigaciones eruditas sobre la poesía colonial, no difería de los demás en cuanto al fondo de las ideas, aunque sí en la manera de expresarlas. Pero el principal representante de la demagogia literaria era el famoso maestro de escuela y futuro Presidente de la República Argentina,

(1) J. V. Lastarria. *Recuerdos literarios. Datos para la historia literaria de la América española y del progreso intelectual en Chile*, 2.^a edición. Santiago de Chile, 1885, pág. 69.

D. Domingo Faustino Sarmiento, conocido aún en España por la tremenda aunque merecida sátira de Villergas, *Sarmenticidio, ó á mal sarmiento buena podadera*.

Era Sarmiento hombre originalísimo y excéntrico, así en su persona como en sus ideas y en su estilo, que adolecían de todos los defectos inherentes á su educación vagabunda y desordenada, y á lo cerril é indómito de sus tendencias nativas, las cuales le arrastraban á ser una especie de *gaucho* de la república de las letras, intemperante, desmandado y sin freno en nada. Además, comenzaba á escribir entonces; y su gusto, que no llegó á formarse nunca, estaba virgen de toda influencia extraña que pudiera modificarle. Aquel estro bravío y poderoso que había de inspirar las páginas calenturientas de *Facundo Quiroga*, de los *Recuerdos de provincia* y de la *Campaña del ejército grande*, ardía ya en el cerebro de Sarmiento; pero no había logrado aún la forma de expresión, selvática sin duda, pero arrogante, apasionada y pintoresca, que realza aquellos libros, los más originales quizá de la literatura americana. En 1841 Sarmiento no era más que un periodista medio loco, que hacía continuo y fastuoso alarde de la más crasa ignorancia, y que habiendo declarado guerra á muerte al nombre español, se complacía en estropear nuestra lengua con toda suerte de barbarismos, afeándola además con una ortografía de su propia invención.

Sarmiento, sin embargo, como forastero que era, no hubiese roto el fuego contra la enseñanza académica en Chile, como no le había roto su compañero de emigración D. Vicente Fidel López, que desde Febrero de 1842 redactaba, con la colaboración de Gutiérrez y de Alberdi, la *Revista de Valparaíso*, si á deshora no hu-

biese venido á prestarles ocasión y armas un profesor chileno, que discípulo primero de Mora, y luego de Bello, había conservado mucho más del espíritu innovador del primero que del pacífico y mesurado del segundo, y que ya por entonces había levantado la bandera de la emancipación mental de Chile, en el sentido de romper con todas las tradiciones de la colonia. Era éste D. José Victorino de Lastarria, espíritu rígido y anguloso con apariencias de positivo, sectario fanático de ese ideal de política abstracta que pretende someter á teoremas inflexibles el rico contenido de la historia y la complejidad de los actos humanos. Lastarria fundó en 1842 una *Sociedad literaria*, compuesta en su mayor parte de estudiantes, y en la inauguración leyó un discurso que él consideraba como un monumento de gloria, por lo cual le reproduce íntegro en sus *Recuerdos literarios*. En él se leían estos conceptos: «*Durante la colonia no rayó jamás la luz de la civilización en nuestro suelo, ¡y cómo había de rayar! La misma nación que nos encadenaba á su pesado carro triunfal permanecía dominada por la ignorancia y sufriendo el ponderoso yugo de lo absoluto en política y religión.....*» «Hay una literatura que nos legó la España con su religión divina, con sus *pesadas é indigestas* leyes, con sus funestas y antisociales preocupaciones. Pero esa literatura no debe ser la nuestra, porque al cortar las cadenas enmohecidas que nos ligan á la Península, comenzó á tomar otro tinte muy diverso nuestra nacionalidad»..... «Es necesario que desarrollemos nuestra revolución y la sigamos en sus tendencias civilizadoras, en esa marcha peculiar que le da un carácter de todo punto contrario al que nos dictan el gusto, los principios y las tendencias de aquella litera-

tura.» Lastarria no renegaba enteramente de la lengua: «¡Ah, no! ¡Éste fué uno de los pocos dones preciosos que nos hicieron los conquistadores sin pensarlo!» Y prosiguiendo con la quimera de una literatura nacional chilena, antípoda de la española aunque se expresase en la misma lengua, añadía: «Fuerza es que seamos originales; *tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos necesarios para serlo*, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad.»

Sarmiento, en un artículo del *Mercurio* de Valparaíso (periódico que salía de las prensas del tipógrafo catalán D. Manuel Rivadeneyra, después tan célebre como editor de la *Biblioteca de Autores Españoles*), se apoderó ávidamente del discurso de Lastarria, para comentarle á su modo y herir á Bello y su escuela con mortificantes alusiones. Era tesis suya, que «países como los americanos, sin literatura, sin ciencias, sin artes, sin cultura, *aprendiendo recién (sic)* los rudimentos del saber, no podían tener *pretensiones* de formarse un estilo castigado y correcto, que sólo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa.» Atribuía luego la esterilidad poética de Chile, «á la perversidad de los estudios, al influjo de los gramáticos, al respeto á los *admirables modelos* que tenían *agarrotada* la imaginación de los jóvenes». Y, finalmente, tirando ya la piedra á tejado conocido, designaba claramente á Bello, aunque sin nombrarle, y se atrevía á pedir nada menos que su expulsión del país por el crimen nefando de saber gramática. «Por lo que á nosotros respecta, si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido *en tiempo* el destierro de un gran lite-

rato que vive entre nosotros; sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado, más allá de lo que nuestra naciente literatura exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar á nuestra juventud del estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y de la verdadera ilustración. Se lo habríamos mandado á Sicilia, á Salvá y á Hermsilla, que con todos sus estudios no es más que un retrógrado absolutista, y lo habríamos aplaudido cuando lo viésemos revolcarlo en su propia *cancha*; allá está su puesto, aquí es un anacronismo perjudicial.»

De este modo proseguía Sarmiento, desbarrando con tan poco sentido común como gramática, cual si quisiese confirmar con el ejemplo lo mismo que teóricamente predicaba. «No hay espontaneidad (decía); hay una cárcel guardada á la puerta por el inflexible *culturanismo* (sinónimo para Sarmiento de literatura culta), que da, sin piedad, de culatazos al infeliz que no se le presenta en toda forma. Pero cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de la forma, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes ó Fr. Luis de León, adquirid ideas de donde quiera que vengan, nutrid vuestro pensamiento con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época..... Entonces habrá prosa, habrá poesía, *habrán (sic)* defectos, *habrán* bellezas. La crítica vendrá á su tiempo y los defectos desaparecerán.»

Sarmiento, que se titulaba con énfasis «ignorante por principios, ignorante por convicción» (como si la ignorancia fuese alguna virtud muy recomendable y extra-

ordinaria), parecía ignorar, entre otras muchas cosas, que esas soberbias profesiones de no saber nada y de pisotear la lengua propia para vengarse de no acertar á escribirla, lejos de ser un rasgo de heroico *americanismo*, eran cosa corriente entre los románticos españoles, si bien, á decir verdad, nunca llegaron entre nosotros las cosas al punto de demencia que revelan los renglones transcritos. Ni llegaron tampoco en Chile, gracias á la sana influencia de D. Andrés Bello, el cual representaba allí el mismo género de disciplina que D. Alberto Lista entre nosotros. Bello, por la gravedad de su carácter y de sus funciones oficiales, no intervino ni podía decorosamente intervenir en un debate donde tan inoportunamente se traía su nombre, casi por los mismos días en que otro patriota chileno y rabioso enemigo de los españoles, un D. Juan Miguel Infante, le llamaba en letras de molde nada menos que *miserable aventurero*, por el capital crimen de querer que se enseñase Gramática latina y Derecho romano, estudios propios tan sólo, según la opinión del tal Infante, para crear generaciones de esclavos y de *godos* contumaces y empedernidos. Pocas veces la barbarie se ha presentado con tan candorosa franqueza, y pocos hombres han contraído tanto mérito con ningún país como el que Bello contrajo, alejándola para siempre de Chile. Enfrente de adversarios que en política y en derecho querían retrogradar á los tiempos de Caupolicán, y en literatura no concebían la independencia del genio más que como la de un jinete de las pampas, mantuvo los derechos imprescriptibles de la razón y del gusto, y ni siquiera pudo ser tachado de clasicismo intolerante, puesto que en 1841 había dado á luz una poesía enteramente romántica, *El incendio de*

la *Compañía*, muy elogiada por el mismo Sarmiento; y se preparaba á enriquecer nuestra lengua con las bellísimas imitaciones de Víctor Hugo, que fueron apareciendo en *El Museo de Ambas Américas*, fundado en Valparaíso en 1842 por el colombiano García del Río (antiguo colaborador suyo en el *Repertorio Americano* de Londres); y en el *Semanario de Santiago*, periódico que aquel mismo año y en son de desagravio de la juventud chilena contra las diatribas de Sarmiento, que parecía negarles todo género de aptitud para las bellas letras, comenzaron á publicar varios discípulos de Bello. En aquellas columnas se dió á conocer un escritor de costumbres J. I. Vallejo (*Fotabeche*), imitador de *Figaro* y de *El Curioso Parlante*; y allí apareció también el primer poema chileno, de alguna extensión é importancia entre los que produjo la nueva generación, *El Campanario*, de D. Salvador Sanfuentes.

Sanfuentes no hacía entonces sus primeras armas: ya era conocido por una traducción en verso de la *Ifigenia*, de Racine, de la cual había publicado Bello algunos trozos en el periódico oficial, recomendándola con singulares elogios, cuando el traductor apenas tenía diez y siete años. En los primeros números del *Semanario* escribió sobre clasicismo y romanticismo, provocando la indignación de los argentinos López y Sarmiento. Al segundo quiso responder de un modo más directo en el prólogo de su poema, compuesto expresamente como ensayo de la capacidad poética de los chilenos. *El Campanario* fué puesto en las nubes por el entusiasmo local, y tuvo un valor de circunstancias, que es preciso descontar hoy de su mérito absoluto. Es una imitación evidente de las *Leyendas Españolas*, de Mora; pero está

á mucha distancia de lo que en este género hacía en Guatemala Batres. La narración de Sanfuentes es sosa, y la parte sentimental de su cuento vale poco, pero tienen chiste las descripciones de algunos tipos y costumbres de la colonia, y están lindamente hechas las octavas jocosas en que se describe la vida plácida y regalona de un Marqués del antiguo régimen.

Sanfuentes, á pesar de sus tareas políticas y forenses, siguió escribiendo muchos versos; pero nunca llegó á obtener un éxito que superase al de su primer ensayo, ni pasó nunca de una medianía elegante. Tradujo el *Británico*, de Racine, con la misma «exactitud y propiedad de lenguaje, y tacto fino en variar las cesuras del metro», que había elogiado Bello en su versión original de la *Ifigenia en Aulide*. Tradujo con igual esmero, pero con más libertad, *Los celos infundados* (*Le cocu imaginaire*), de Molière. Su teatro original, aparte de algunos ensayos juveniles que él mismo destruyó, se compone de tres piezas originales: *Carolina*, *Cora ó la Virgen del Sol* y *Juana de Nápoles*; pero aun esta última, que es la más apreciable, se deja leer con fatiga, y no sabemos si resistiría la prueba de las tablas. En la poesía narrativa, que era su género predilecto, se sostuvo siempre con facilidad y desembarazo, é hizo loables esfuerzos para dar á sus obras color de naturaleza americana; pero á pesar de haber escrito tres largas leyendas, *El Bandido*, *Inami ó la laguna de Ranco*, *Huentemagu*, y un poema en dos volúmenes, *La Destrucción de la Imperial*, que tiene nada menos que 17.626 versos, continuó siendo para todo el mundo el autor de *El Campanario*. Preciábase de imitador de *Ercilla*, y ha sido, probablemente, el último discípulo aventajado de